

# LA RECOMPENSA

I.

En cierto colegio monjil de las cercanías de Madrid había hace más de veinte años dos educandas que se querían muchísimo. El sentimiento de amistad que les unía nació

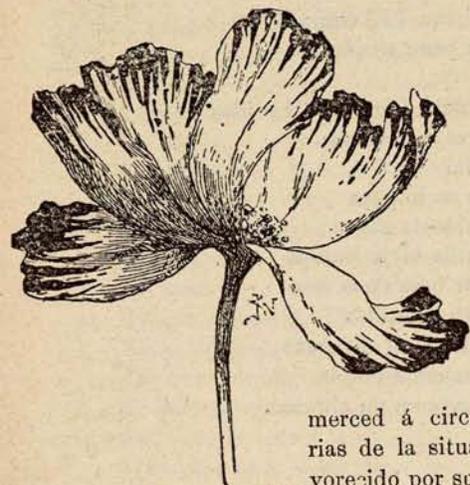
merced á circunstancias extraordinarias de la situación de ambas, fué favorecido por sus caracteres y acabó de

consolidarse en la batalla de la vida.

La mayor, que se llamaba Susana, tenía diez y seis años: era huérfana de padre y madre y dueña de una gran fortuna. Un tío, que le servía de tutor y curador, se la confió á las monjas, quienes, sabedoras de la riqueza de la niña, procuraron ante todo despertar en ella vocación religiosa; mas persuadidas pronto de que no era catequizable, pusieron gran empeño en educarla de modo que su ilustración y buenos modales redundaran en honra del convento. Gracias á la inteligencia de Susana, las madres vieron coronados sus desvelos por el resultado más lisonjero. Era primorosa en cuantas labores ponía mano, escribía admirablemente, pintaba flores con gusto de artista, cantaba como un ángel, bordaba como una madrileña del siglo XVII, hablaba francés como si hubiese nacido en Orleans, y finalmente, para cuanto fuese brillar, lucirse y cautivar, tenía maravillosas aptitudes, gracia irresistible y atractivos de gran señora. Según malas lenguas, porque el tutor quería seguir con la administración de los bienes, y según otros, porque deseaba para la pupila brillante y completa educación, era cosa resuelta entre aquel caballero y las respetables madres que Susana permaneciese en el convento hasta los diez y ocho años. Gentes menos maliciosas afirmaban que, dada la belleza de la colegiala, lo que el tutor procuraba era recogerla lo más tarde posible, sabiendo que no hay nada tan difícil de

guardar, dirigir y encarrilar, como una mujer rica y bonita.

La segunda educanda tenía un año menos que Susana y se llamaba Valeria. Su origen era un misterio que pudiera servir de base á una novela. Un anciano, que dijo ser su padre, la llevó al convento cuando apenas tenía cinco años, y por espacio de ocho fué á verla todos los meses: luego no volvió á presentarse allí para nada, ni escribió siquiera á la que llamaba hija; pero durante otro año envió puntualmente dinero con que atender á cuanto gastaba, y al siguiente, es decir, al llegar Valeria á los quince, dejaron las monjas de recibir las mensualidades de costumbre. Otro año entero siguió Valeria recibiendo los mismos cuidados que si pagasen por ella, hasta que, cuidadosas las madres de sus intereses, determinaron poner fin á una situación de que nada bueno esperaban. ¿Quién era Valeria? Lo ignoraban. Mientras recibieron lo que su educación costaba, no pensaron en averiguaciones: tal vez de hacerlas hubieran tenido que rechazarla; pero apenas empezó á serles gravosa comenzaron á rumiar ideas de desconfianza y á sentir un recelo muy parecido al miedo. Las visitas cortas y tardías de aquel anciano misterioso, su desaparición y luego el extraño modo de remitir fondos sin escribir palabra, todo indicaba algo extraordinario, anómalo, y que trascendía á pecaminoso. Al mes siguiente de no recibir dinero estaban persuadidas de que Valeria no era de origen limpio y confesable, y de que su compañía pudiera constituir un peligro para las educandas que tenían familias conocidas, siempre puntuales en el pago de cuanto sus hijas gastaban. Más claro: la prudencia aconsejó á las monjas no continuar manteniendo y enseñando á una señorita que era juntamente carga pesada y causa probable de responsabilidad; porque una de dos: ó sus padres habían muerto y la niña iba á quedarse allí gratis para siempre como flor olvidada, y flor que costaba más que una *victoria regia* cultivada en Europa, ó dichos padres, por no poder confesar que lo eran, se desentendían de ella, y en tal caso, ¿quién iría á recogerla..... y pagar? ¿Se presentaría tal vez preguntando por Valeria señora falsificada, una aventurera despreciable, una..... ó lo que fuera peor, un juez? Sólo pensar en ello les ponía á las madres carne de gallina. Movidas por estas consideraciones, que se discutieron entre las de más autoridad y consejo, la





ALEGRÍA CAMPESTRE.—Cuadro por F. Vinea.

priora, abadesa, ó lo que fuese, mandó llamar á Valeria, y suavemente, con gran dulzura, le dijo que la situación era insostenible; que habían consultado con el Sr. Obispo; que éste no resolvía sus dudas; que la responsabilidad del convento era tremenda; que allí había un misterio indescribable; que no podían continuar así, y otras muchas cosas, todas las cuales venían á compendiarse en estas horribles frases: «Hija mía, lo sentimos mucho..... Profesar no puedes por carecer de dote; seguir aquí tampoco, por falta de otros requisitos..... Nosotras todas te encomendaremos al Señor en nuestras oraciones, pero en el colegio es imposible que sigas. Te damos ocho días de plazo para que digas á quién llamamos, dónde quieres que te lleven, ó cosa parecida. Y si no dices nada....., pues ya nos ha aconsejado el Padre Dulzón que demos parte al Gobernador para que resuelva.»

¿Á quién había de llamar? ¿Dónde había de ir la sin ventura? ¡El Gobernador! ¿Qué podría hacer sino enviarla á un asilo de beneficencia ó dejarla en medio de la calle? Oyó aquello como reo de muerte que escucha su sentencia; se arrodilló á los pies de la madre, suplicó, le regó las manos con lágrimas, le besó el hábito, y al fin cayó al suelo desmayada. Hubo que llevarla á la enfermería, donde pasó tres días con fiebre y delirio. Al cuarto se alivió algo, y lo primero que pidió fué que llamasen á Susana; mas parapetadas las monjas en que el reglamento prohibía á las educandas entrar en la enfermería, negaron el favor.

Susana, sabedora de lo que ocurría, movida del cariño y concedora del terreno que pisaba, regaló á una monja que hacía de *pasanta* una crucecilla de plata y le rogó que, á cambio del obsequio, llevase á Valeria un regalito, consistente en un huevo de marfil, dentro del cual había un rosario. Lo que ignoraba la monja era que, bajo el algodón en rama donde descansaba el rosario, iba escondido un papel en que estaban escritas estas palabras: «No digas que estás mejor; procura ganar tiempo y no tengas miedo. El domingo debe venir mi tutor, y yo haré que ponga remedio. Confía en mí.»

¿De qué nació el cariño que aquellas dos muchachas se profesaban? Primero, del misterioso engranaje que formaban las semejanzas y diferencias que existían en sus caracteres. En bondad de corazón y lucidez de inteligencia, eran iguales; de modo que podían quererse y estimarse. Segundo, en lo vario de sus genios, de suerte que mutuamente se buscaban, deseosas, por instinto, de hallar á sus facultades contraste y complemento. Susana era bulliciosa y alegre; Valeria, tranquila y melancólica; la ligereza y vivacidad de una hallaba compensación y freno en la sensatez y reposo de otra: lo que al parecer debiera separarlas era precisamente lo que les unía. Pero aun estaba su amistad asentada en fundamento más firme.

Susana, demasiado convencida de su hermosura, era de condición altiva y se había hecho antipática á todas sus compañeras: Valeria, amargada del abandono y olvido en que vivía, y sin que aquel amargor se convirtiera en envidia, consideraba como un peligro su belleza, no alardeaba de bonita, sentía la incertidumbre de lo porvenir, y privada de esperanzas, era humilde. Desde que se conocieron fué la sola compañera de Susana capaz de escuchar, sin sonreír burlesco, sus primeros arranques orgullosos propios de señorita mimada por la Naturaleza y la Fortuna, y acabó por

ser la única confidente de sus ambiciosas ilusiones. No las compartía, pero no las ridiculizaba. Susana hallaba en ella un corazón amigo, que aun contrariándola mostraba comprenderla, distante por igual de la adulación y de la envidia; porque en su humildad no había sombra de bajeza. Ni Susana la hubiera tolerado, pues era tan altiva á lo grande é incapaz de pretender que la atribuyesen cualidades que le faltaban, como celosa de que se reconocieran las que estaba segura de tener. Valeria era sincera sin dureza, cariñosa sin lisonja, y así se armonizaban las condiciones morales de ambas, sin que hubiera podido precisarse cuál valía más, si la orgullosa cuando sabía ceder, ó la humilde cuando sabía imponerse. Milagros del corazón, que dobla lo fuerte y se somete á lo débil.

Llegado el domingo fué el tutor á visitar á su pupila, y ésta, después de referirle lo que ocurría, le dijo en sustancia, poco más ó menos, lo siguiente:—No me importa estar aquí un año más: tarde usted lo que quiera en ponerme al tanto de lo que es mío, administre usted como le acomode, pero quiero que pague usted cuanto Valeria debe al colegio, de modo que continúe tan considerada como antes: quiero también que haga usted esos pagos á nombre del caballero que antes venía á verla, para que nadie le eche en cara su pobreza; y deseo, por último, que salgamos juntas del colegio y vivamos luego como hermanas: es decir, que venga á mi casa, porque de vivir como hermanas me encargo yo.—Si fué por mira interesada ó en acatamiento de aquel impulso de caritativa amistad, nadie lo sabrá nunca, pero lo cierto es que el tutor accedió al ruego, y pasados unos cuantos meses ambas educandas salieron el mismo día del colegio, yendo Valeria á vivir á casa de Susana.

## II.

La intimidad del hogar fomentó el cariño nacido en el convento. Dos mujeres vulgares se hubieran dejado insensiblemente sojuzgar por las circunstancias anormales de la situación. En Susana y Valeria sucedió lo contrario: ellas se impusieron á la indole del caso. Ni la protectora imperaba como ama, ni la protegida parecía dominada como sierva. El afecto, más aun, la buena educación y delicadeza de sentimientos, hacían las humillaciones imposibles. Valeria no era en la casa una amiga benévolamente acogida, no era una *demoiselle de compagnie* tratada con consideración: era la hermana menor. Ambas poseían ese maravilloso arte de ceder á tiempo y resistir con dulzura, ante el cual se allanan los disgustos y rozamientos que producen inevitablemente las pequeñeces de la vida.

Ni aun la belleza podía mover discordia entre ellas, porque sus atractivos ofrecían caracteres opuestos. Susana era grande, blanca, gruesa, rubia, y á pesar de su edad y su doncellez tenía aspecto de Venus flamenca, perezosa y carnal. Valeria era pequeña, morenilla, delgada, pelinegra, tipo de mística española, poca materia y mucho espíritu; un fraile de Zurbarán hecho hembra. Los ojos azules de Susana alborotaban los sentidos; los ojos negros de Valeria alejaban toda idea de posesión. No había entre ellas rivalidad posible. El hombre que se prendase de una no podía racionalmente enamorarse de otra. Gracias á la fortuna y

desprendimiento de Susana vivían con lujo, iban á bailes, teatros y saraos; viajaban, tenían coche, vestían con exquisita elegancia, trayendo para ambas de París la mayor parte de las galas, y en una palabra, capricho sentido era en ellas gusto satisfecho. Serviales de acompañante una hermana del tutor de Susana, señora entrada en años, pero tan amiga de divertirse, que nunca ponía obstáculo ni entorpecimiento á cuanto las muchachas fraguaban para lucir y brillar. Lo único que le disgustaba era ver que las galanteasen, con la circunstancia extraordinaria de que su enojo no estallaba cuando ellas coqueteaban, sino cuando se presentaba alguien que asiduamente las cortejase. Un observador cuidadoso hubiera podido notar que les dejaba tontear frívolamente, permitiéndoles oír piropos y requiebros atrevidos, mientras quien se los decía no pasaba de halagar su inocente vanidad de niñas bonitas, pero que en cuanto alguien les buscaba con frecuencia, mostrando afán de serles agradable, D.<sup>a</sup> Gregoria ponía empeño en estorbarlo, sobre todo si se trataba de Susana. En una palabra, aquella señora, obediente á las instrucciones del tutor, su hermano, toleraba cuanto podía contribuir á que las jóvenes tuviesen fama de coquetas é insustanciales, y en cambio desarrollaba un mal humor inaguantable y una astucia increíble apenas surgía la posibilidad de que un hombre ganara terreno en el corazón de Susana. El tutor y su hermana la dejaban gastar cuanto quería, hacían la vista gorda en presencia de sus devaneos, pero ante la idea de una pasión seria mostraban profundo desagrado. Indudablemente se habían propuesto no reprenderla si tiraba el dinero, para que cuanto más derrochase con mayor facilidad pudieran ellos englobar sus robos en los gastos, y al mismo tiempo, estorbando que se casase, dilatar la época de la rendición de cuentas.

Quien primero les descubrió el juego fué Valeria: comunicó á Susana la sospecha y trataron ambas de ponerse á la defensiva, mas por desgracia era tarde para evitar gran parte de los males que temían. Pronto comprendieron que les era forzoso, primero, vivir con menos ostentación, porque las rentas iban mermando considerablemente, y segundo, andarse con pies de plomo en lo que se refería á dejarse galantear, porque entre sus propias imprudencias y la malignidad del tutor y su hermana, iban ellas cobrando reputación de frívolas y ligeras. Desde entonces vivieron con relativa economía, y fueron verdaderamente sensatas.

Algún tiempo después, en la tertulia de unas amigas, conocieron á dos hombres jóvenes, íntimos amigos y compañeros de carrera. Ambos eran dignos de ser queridos. Uno de ellos, Pepe Gutiérrez, se prendó de Susana, que por primera vez tomó el amor en serio, fué correspondido, y entraron en relaciones, procurando que permaneciesen ignoradas del tutor: únicamente cuando ella adquirió el convencimiento de que su novio, comandante de ingenieros, era hombre que valía mucho como inteligencia y como carácter, le autorizó á que la pidiese en matrimonio. La situación de Valeria era más libre y desembarazada, pero no envidiable. Por pobre estaba libre de los cuidados que da el oro; por abandonada no había menester consentimiento de nadie; mas ¿de qué le servía aquella independencia si el compañero de Gutiérrez no se fijaba en ella? Pérez frecuentaba la casa de Susana porque iba con Gutiérrez á todas partes: eran inseparables; estaban unidos por una amistad nacida en los

bancos de la escuela de primeras letras, fortificada en el colegio militar, y, por último, arraigada en sus corazones, gracias á la vida que hacían juntos en plena juventud. Á Pérez le gustó Valeria desde que la conoció; pero ¿á qué requebrarla ni poner seriamente en ella los ojos si ambos eran pobres? La muchacha no tenía nada: él sólo su haber de capitán. ¿Qué venturas podía ofrecerla? Ni siquiera dijo á Gutiérrez la simpatía que le inspiraba Valeria. Tan bien supo disimularla, que la misma interesada tomó la indiferencia por franco y declarado desvío. Susana fué la única que adivinó el doble secreto de aquellas dos almas: unos cuantos detalles bastaron á su penetración para comprender que Valeria y Pérez se querían. Convencerse de ello y formar propósito de favorecerles, todo fué uno. Tanto le convidó á comer colocándole junto á ella, tantas veces les dejó solos á tiempo de que se les transparentara el alma, tales cosas hizo para que mutuamente se conociesen y apreciaran, que al fin llegaron á entenderse. Susana, que años atrás había evitado á Valeria la desgracia de verse arrojada del colegio y que luego la trató como á hermana, se erigió de nuevo en protectora cariñosa. «Nos casaremos el mismo día—le dijo—yo primero, y luego *seremos* padrinos de tu boda. Si nosotros habíamos de gastar veinte, nos contentaremos con diez, partiré contigo lo que tenga....., es decir, ¿para qué hacer números ni cálculos? viviremos juntos y..... Cristo con todos.» Claro está que Valeria, deshecha en lágrimas de gratitud, aceptó aquella nueva demostración de cariño, aunque en el fondo de su alma, y con aprobación de su futuro marido, estuviese resuelta á no aceptar favores que, por excesivos, redundaran en perjuicio de su amiga.

En la primer entrevista que tuvo Pepe Gutiérrez, el novio de Susana, con el tutor de ésta, se convenció de que la mujer á quien quería unirse estaba completamente arruinada, mejor dicho, de que había sido robada á mansalva. Era inútil soñar con restituciones ni pleitos. El canalla tenía las cosas preparadas con tal maña, que, según cuentas, escrituras y comprobantes, aun resultaba la pupila debiéndole algunos miles de duros. Una vez más, la maldad había hecho mofa de la ley. De las condiciones morales de Gutiérrez y del amor que su novia le inspiraba, pueden dar idea estas palabras con que comunicó á Susana el resultado de la entrevista. «Mira, nena, coche ni muchos vestidos no tendrás, porque ese hombre es un ladronazo.....; por tí..... lo siento, por mí, casi me alegro para que veas que te quiero de verdad. Lo esencial es que podemos casarnos cuando se nos antoje.»

En Susana pudo más la alegría del amor probado que la tristeza por la riqueza perdida, y arrojándose en brazos de su Pepe, repuso: «Yo también me alegro porque así conozco lo que vales. No me equivoqué al quererte.»

Valeria, que hubiera procurado luego de casada sustraerse á la protección de Susana siendo rica, consintió en vivir con ella viéndola arruinada, y ambas bodas se verificaron la misma mañana, á mediados de 1873, cuando España estaba en plena guerra civil.

La doble luna de miel fué cortísima. Seis meses después los dos maridos eran destinados al ejército del Norte y salían de Madrid dejando á sus mujeres poseídas de la más amarga tristeza, y embarazadas del mismo tiempo.



LA ORACIÓN DE LA MESA.—Cuadro de Eppo.

## III.

Hacia los primeros días de 1874, la desgracia cayó sobre ellas en forma irremediable y terrible.

Un extraordinario de un periódico les dió repentina y brutalmente la noticia. Ambas estaban viudas. Oyeron vocear el papel, mandaron comprarlo, y sin poder llorar ni gemir, secas las gargantas, enjutos los ojos, atarazada el alma por la desesperación y la sorpresa, leyeron lo siguiente: «Pamplona, 9 Enero. 10,15 mañana.—El titulado brigadier Garzuaga fué ayer batido en Puente-Rey con pérdida de más de 300 hombres, caballos, armas, carros y municiones.

»Las fuerzas liberales han experimentado también sensibles pérdidas. El brigadier Queralt está herido de gravedad. El coronel Quintana levemente. El comandante de ingenieros D. José Gutiérrez Biela y el capitán del mismo cuerpo D. Andrés Pérez Deza han muerto heroicamente en el campo del honor. Las bajas de la clase de tropa no pueden precisarse todavía.»

Movidas de un impulso igual y simultáneo, se arrojaron una en brazos de otra; rompieron á llorar, y al mismo tiempo que sufrieron en el alma las garfiadas del dolor moral, sintieron ambas en el seno los inquietos latidos de dos seres que antes de nacer eran huérfanos..... Primeras impresiones de amor, dulzuras de pasión satisfecha, esperanzas para lo porvenir, todo quedaba destruído, todo parecía mentira: únicamente la desgracia era verdad.

Á fin de Marzo, con diferencia de veinticuatro horas, parieron un niño cada una en la misma habitación, tragándose las lágrimas y los quejidos, animándose mutuamente á tener valor, buscando en su cariño fraternal el único consuelo que les quedaba. Los recién nacidos no se les parecían; ambos eran pelinegros y muy blancos, señal de que habían de ser morenos como sus pobres padres, que dormían para siempre entre los peñascales ensangrentados de Navarra.

Ya no tenían ventura que esperar aquellas infelices mujeres; ni aun la de sufrir unidas. Juntas crecieron en el convento cuando niñas; juntas, mientras pudieron gastar riqueza y derrochar alegría, fueron ligeras y frívolas como su propia juventud; al mismo tiempo fueron amantes, casadas, viudas y madres: sus dichas y sus penas estaban tan hermanadas como ellas mismas; pero había llegado la hora de que se rompiese el misterioso paralelismo de sus vidas.

El parto de Valeria había sido rápido y feliz; el de Susana trabajoso y de fatales consecuencias. La fiebre puerperal que se apoderó de ella fué intensísima, y halló su organismo tan conmovido y debilitado por los recientes infortunios y penas, que no tuvo fuerzas para resistirla. Sintiéndose morir, llamó á Valeria y la habló de este modo:

—No te hagas ilusiones—dijo sonriendo con una serenidad que daba miedo—esto se acabó.

Quiso su amiga interrumpirla gastando bromas y mostrando esperanzas, mas ella continuó:

—Óyeme bien. Ya sabes lo que te quiero..... No tengo parientes, y puede que sea mejor..... Mi hijo va á quedar solo en el mundo; te lo confío..... tú serás su madre..... júrame que le querrás y le cuidarás..... como.....

—Calla, mujer. ¡Qué has de morirme! ¿No has de resistir esto, tú que eres más fuerte que yo? Te pondrás buena y seremos felices... es decir, viviremos para los niños, porque felices ya no podemos ser.....; pero si te murieras, que no te morirás, por el recuerdo de todo el bien que me has hecho, te juro que tu hijo....., vamos, como si fue a mío.

—¡Pobre Valeria! ¿Qué será de ti con dos criaturas?... Esto va muy aprisa. Escucha. En aquel cajón de la mesa que usaba Pepe, hay ocho mil duros en papel del Estado, que vienen á dar ocho mil reales al año. Allí están también los mil duros que sabes que teníamos ahorrados. Por último, en el cajón de más arriba encontrarás las escrituras de propiedad de mi casa de Rivaria. Yo no he estado allí nunca, pero sé que es un caserón con un huerto: los labriegos que lo tienen arrendado no pagan hace la mar de tiempo. Quizá por esto no se quedó mi tutor con la finca. Los títulos de la Deuda y el dinero de los ahorros los coges en cuanto me cierres los ojos, y ahora manda venir un escribano. Quiero que la casa sea legalmente tuya para que nadie pueda molestarte. Ya sabes con lo que cuentas. Lo principal es que no teniendo nada el niño..... no habrá quien piense hacerse cargo de él.

Valeria quiso resistir por animarla, pero ante la energía con que expresaba el deseo, cedió.

Vino el notario: Susana hizo una declaración reconociendo que cuanto había en la casa era de Valeria, y que en pago de una deuda que confesaba, le daba la finca de Rivaria. Del niño no se habló palabra. ¿Quién había de solicitar su tutela siendo pobre?

Pocas horas después, como si se hubiese esforzado en vivir hasta ultimar lo hecho, Susana moría en brazos de Valeria. Ella la amortajó; ella la veló, pasando la noche arrodillada á los pies del cadáver.

De rato en rato se levantaba para ir á ver á los niños. ¡Qué contraste el formado por la vida y la muerte que allí se mostraban con toda la brutal realidad de los hechos! ¡Qué lástima de mujer, tan hermosa y tan buena! ¿Qué falta hacía á nadie arrancarle la existencia como se descuaja una planta? ¿Ni qué falta hacían en el mundo aquellos angelitos?

Valeria les contemplaba envolviéndoles en miradas de ternura, iguales para ambos, cual si se le hubiese duplicado el cariño de madre, y á pesar de la tristeza que sentía no le era posible sustraerse al influjo de una observación que ya había hecho y que ahora, hasta contra su voluntad, se le iba entrando al pensamiento y agitándolo con desvarios de la imaginación.

Cada vez que se acercaba á las camitas donde estaban acostados y se fijaba en ellos, aquella observación se confirmaba con más fuerza. Los niños se parecían muchísimo: ambos eran muy blancos, de pelo y ojos negros, chatillos, gorditos, casi de igual volumen. Claro estaba que andando el tiempo habrían de diferenciarse física y moralmente, revelando su distinto origen; pero entonces, á los pocos días de nacer, casi hubieran podido pasar por mellizos. Á Valeria le parecía el suyo mil veces más hermoso y mejor formado, y sin embargo, hubo un momento en que pensó: «Vaya, que se parecen mucho, son casi iguales, tan semejantes, que si dejara de verle unos cuantos meses....., no acertaría con el mío; es decir, míos son los dos, en fin, con el que yo he parido.»

Luego, en el largo monólogo de aquella noche interminable cruzaron por su mente recuerdos de la juventud, memoria de gratitud hacia Susana, latidos de dolor renovado por la pérdida del hombre á quien había querido, é ideas de miedo y de responsabilidad ante la carga que para ella representaba el porvenir de aquellos niños.—«¿Sabré corresponder—se decía—á todo lo que Susana ha hecho conmigo? ¿Podré pagar al hijo lo que debo á la madre? ¿Llegará un momento en que las circunstancias me obliguen á favorecer al mío en perjuicio del suyo? El poco dinero que queda entre mis manos no es *nuestro*, yo nada tengo... ¿Me asaltará algún día la tentación del despojo..., será más fuerte mi amor de madre que el recuerdo de la gratitud y el cumplimiento del deber?» Y al mismo tiempo que discurría todo esto, en su pensamiento iban hermanándose y confundándose, hasta compenetrarse, aquella observación insistente del parecido de los niños, y aquella idea extravagante favorecida por las condiciones de la realidad. Sus propias palabras eran la síntesis de la situación: «Si dejases de verlos unos cuantos días, no sabrías cuál es el tuyo.»

.....  
 ¿Fué propósito razonado de alma grande, fruto de una extraordinaria elevación de espíritu? ¿Desarreglo de inteligencia trabajada por una idea fija? ¿Acaso sugestión de ese algo misterioso que á veces nos aproxima por el anhelo del bien á la divinidad? Nadie lo sabrá nunca: lo cierto es que aquella idea le fué labrando surco en el pensamiento y acabó por arraigar en él de tal suerte, que se enseñoreó de su voluntad, y la puso por obra. ¿Quién dirá si Valeria llegó por gratitud á la locura, ó á la suma piedad por el sentimiento del deber? Aquel la juzgue que sepa buccar en las reconditeces del alma.

## IV.

Luego de enterrada su amiga, Valeria se marchó á Galicia con los niños, aposentándose en la casa de Rivaria. Su primer cuidado, después de arregladas las cosas necesarias

á la vida, fué observar la índole y carácter de los colonos, marido y mujer, de quienes Susana había dicho que nunca pagaban el arrendamiento. Afortunadamente él, como buen gallego, era muy listo, y ella se pasaba de buena. Valeria se propuso aprovechar las cualidades de ambos, y entretanto, poseída por su idea fija, procuraba ver poco á los niños; iba lentamente desentendiéndose de ellos; casi no les miraba, mostrando una fuerza de voluntad increíble.

Había en el lugar un acaudalado caballero á quien por lo caritativo llamaban sus vecinos *el Santo*, y en éste se fijó principalmente Valeria para realizar su propósito. Le dijo que viéndose obligada á emprender un largo viaje por mar, y no atreviéndose á llevar consigo los pequeñuelos, quería confiarlos á su cuidado; le dió dinero para cuanto necesitasen durante cierto tiempo, y dispuso que el labriego y su mujer le obedecieran ciegamente. Por último, obrando astuta y sagazmente, tuvo la horrible precaución de ocultar los nombres de los niños, ardid en que estaba fundado su propósito: hecho todo lo cual desapareció del pueblo. Cerca anduvo de arrepentirse por su condescendencia aquel santo varón, casi se asustó de haber aceptado tamaña responsabilidad, pero jamás llegó á preocuparse formalmente: primero, porque su compromiso era sólo verbal y no había pruebas que pudieran perjudicarle; segundo, porque ¿quién habría en la comarca capaz de perseguirle ni acusarle? Sobre todo, sin saber la causa, sin que él se diera cuenta de ello, Valeria le había inspirado simpatía profunda y confianza ciega. Estaba persuadido de que aquella mujer era mediadora de buena fe ó víctima en una de esas intrigas amorosas, donde es preciso el misterio para estorbar la iniquidad. Lo principal para él era que, con caer las criaturitas en sus manos, se habría casi seguramente

evitado un crimen. Resta sólo decir que al darse cuenta de que ignoraba los nombres de los niños llamó Juan al que le pareció mayorcito, y Pedro al que supuso menor.

De esta suerte comenzaba á lograrse la confusión que Valeria deseaba.

Cada tres meses *el Santo* recibía en pliego certificado un



EN FAMILIA.—Por Albert Fourie.

billete de Banco cuyo valor bastaba á cubrir los gastos ocasionados por los niños: lo que jamás recibió fué carta, mensaje, ni visita, que le hablase de la desaparecida. Cuantas tentativas hizo para saber su paradero fueron inútiles. Así pasaron cinco años.

En tan largo lapso de tiempo, Valeria estuvo muchas veces á punto de renunciar á su tremendo sacrificio: en más de una ocasión le faltó poco para volver á la aldea, exigir que le devolviesen los niños y escudriñarles el cuerpo para distinguirlos, hasta recobrar la certeza de cuál era el ajeno y cuál el suyo. Su vida fué un martirio insoportable, mas lo padeció sin volverse atrás. Fuese extravagancia de entendimiento perturbado, fuese abnegación premeditada, había en su conducta una grandeza heroica, algo casi sobrehumano que consistía en imponerse el doble sacrificio de privarse de su hijo, y aceptar por tal al que no lo era, para que esta ignorancia la hiciese luego tratar á ambos con el mismo cariño. Ella ignoraba que alma de su temple jamás hubiera perjudicado al ajeno en provecho del propio, mas quería colocarse en tales condiciones, que hasta le fuesen imposibles la preferencia y la injusticia.

¿Quién podía prever la suerte que les estaba deparada? ¿Qué haría ella, por ejemplo, el día en que por los azares del mundo fuese preciso anteponer en su corazón uno á otro, darle mayores facilidades de éxito, ó salvarle de un peligro? ¿Á quién acudiría primero? ¿No juró confundirlos en el mismo cariño? ¿pues que mejor manera de realizar el juramento que conseguir la imposibilidad de quebrantarlo? Según su corazón, que estaba sorbido y dominado por la gratitud, todo aquello y más debía á Susana, que la libró de ser arrojada del convento, la trató como hermana, y finalmente, la unió al hombre de quien estaba enamorada. ¿Qué hubiera sido de ella sin Susana? ¿Hasta dónde hubiera rodado impulsada por vientos de desgracia?

Por fin, al comenzar el sexto año de separación, Valeria estuvo enferma, y entonces, aterrada ante la idea de morir, sintió doblegarse su entereza. Apenas convaleciente, corrió á la aldea. Su viaje le pareció un tormento, más largo que el de los cinco años transcurridos. ¿Vivirían los dos niños? ¿Cómo los encontraría? ¿Cuál sería su índole? ¿Cuál mostraría mejores sentimientos? ¿Cuál la querría más? De fijo el suyo .... Pero ¿cómo le conocería? ¡Sacrificio inútil, batalla estéril contra la flaca condición humana! Aun no habían llegado aquellos seres á la edad en que se revelan el corazón y la inteligencia, y ya instintivamente ambicionaba que su hijo fuese superior al hermano pegadizo.

.....

.....

Le parecía que el coche no iba bastante aprisa, que los árboles de las laderas del camino eran siempre los mismos, que á lo lejos el horizonte huía prolongando la separación, hasta que al volver un recodo próximo á la aldea, descubrió dos niños vestidos con relativo esmero. Estaban jugando bajo un gigantesco grupo de castaños, saltando sobre un espeso tapiz de musgo aterciopelado, donde el sol y la sombra del ramaje formaban maravillosos arabescos. Al llegar el carruaje cerca de aquel sitio, mandó parar, bajó, y acercándose á los niños los envolvió en una mirada indefinible: les conoció porque á su lado estaba la mujer del colono. Valeria,

indecisa, clavó en ellos los ojos, quiso dirigirse primero á uno luego á otro, vaciló, se le llenaron las mejillas de lágrimas, y por último, extendiendo abiertos los brazos, cogió á los dos al mismo tiempo, les atrajo contra su pecho....., los apartó, tornó á mirarlos, y enloquecida de dudas y alegrías, apretándoles de nuevo contra sí, abarcando juntas las cabezas, se las cubrió de besos y caricias mientras la aldeana que la reconoció en seguida, gritaba con su dulce acento gallego:— «Juan, está quieto;—Pedro, non te vayas.»

La mujer de alma grande había logrado su propósito. No sabía cuál era su hijo.

## V.

Pasaron años. Desde que Valeria recogió los niños de manos del *Santo* hasta que se hicieron hombres no le causaron más penas que los disgustillos que dan de sí la infancia y la primera época de la juventud: jugarretas, trastadas, bromas y travesuras. Llegada la edad de la razón, Juan y Pedro fueron buenísimos para ella. Sus corazones no cesaban de brotar y consagrarle nuevos tesoros de ternura. ¿Quién la quería más? Era imposible averiguarlo. Del carácter sensato y juicioso de uno, de las genialidades prontas é irreflexivas de otro, surgían continua é inesperadamente pruebas de amor filial. Ella, en tanto, hoy mimaba á Juan, mañana prefería á Pedro, igual cariño profesaba á los dos, pero cariño ciego, vacilante, inseguro, como si viviese condenada á la incertidumbre de su propia sinceridad. Ambos ante su conciencia eran hijos suyos, mas siempre le quedaba en el fondo del alma la duda, la esperanza de que el mejor fuese el que ella había llevado en las entrañas.

Valeria, exclusivamente dedicada á estudiar aquellas dos almas, hizo un descubrimiento que la llenó de angustia. Ambos tenían novia y la querían, no con un sentimiento vulgar y pasajero, sino con pasión digna de ellos. Aquella era la ocasión de probarles. Había pagado su deuda haciéndoles buenos y felices: ninguno tenía derecho á proferir la menor queja: ella lo tenía á saber cuál era su verdadero hijo; y se forjaba la ilusión de creer que lo sería el que mostrase quererla más. En otro tiempo la cegó la gratitud: ahora la cegaba el ansia de cariño.

Luego de haber madurado su propósito con la astucia propia de su índole y su carácter, les juntó un día y les dijo:

—Os llamo porque ocurren grandes novedades. Estamos medio arruinados. No podemos seguir viviendo con la holgura relativa que hemos disfrutado hasta ahora. Es necesario que uno se separe de mí, y de su hermano. Tengo la seguridad de conseguir un buen destino para Ultramar. Mientras cambia la fortuna es preciso que uno de vosotros se vaya muy lejos y ayude á los que aquí quedemos. ¿Quién quiere separarse de mí? ¿Quién se quiere quedar? Resolvedlo vosotros y decidmelo mañana.

Oyéronla ambos en silencio y aquella misma noche se reunieron á deliberar. Valeria, descalza para no ser sentida, fué hasta la puerta del cuarto donde estaban, y pegando la oreja al ojo de la llave escuchó todo lo que hablaron.

—¿Has oído á madre?—dijo Juan.

—Sí—repuso Pedro.

—¿Y qué dices?

—Que no me voy.  
 —Ni yo tampoco.  
 —¿Por qué?  
 —Porque no me separo de ella..... ni de ti.  
 —Lo mismo digo.  
 —Pues ella dispone que se vaya uno.  
 —Ya la haremos ceder.  
 —¿Y si no cede?  
 —Estoy dispuesto á ganar un jornal, á arrancar piedras con los dientes, á todo, menos á separarme de ella.  
 —Tienes razón. Igual pienso yo. Aquí á su lado soportaré escasez, pobreza, lo que venga: yo también renuncio á la mujer que amo; pero ¿irme lejos, exponerme á que mi madre se muera sin verla? ¡Eso no! Aunque ella lo mande. Si quieres, márchate tú.  
 —Y ¿por qué he de ser yo el sacrificado? ¿No soy tan hijo suyo como tú?

Aquellos dos muchachos que se querían entrañablemente, que jamás habían reñido por nada, ni de niños ni de mozos, estuvieron á punto de venir á las manos. Con todo transigían, todo lo aceptaban menos lo que pudiera significar despego hacia su madre. Cruzáronse entre ellos algunas pa-

labras fuertes, algunas frases agrias, pero al fin pudo el cariño más que ningún otro sentimiento, y Juan dijo:

—Mira, no añadamos á la pesadumbre que ya tenemos la pena de enfadarnos uno con otro. No hay remedio: si madre lo manda, uno tendrá que sacrificarse. Que ella lo designe, y ése que baje la cabeza, obedezca y se resigne sin chistar ¿Convienes en ello?

—Convenido, ella decidirá.

Y abriéndose mutuamente los brazos lloraron juntos, como dos niños.

Valeria les escuchó henchida el alma de alegría. Aquel fué el único momento egoísta de su vida. Todas sus penas hallaron resarcimiento, todos sus dolores tuvieron premio. Luego, andando de puntillas, se alejó de junto la puerta, y á los pocos días, con fingida tranquilidad, dijo que las circunstancias habían variado y que la separación no era precisa.

Nunca supo quién era su verdadero hijo, pero adquirió el convencimiento de que ambos adoraban en ella. En un mismo culto la confundían el que llevó en las entrañas y el que formó con la bondad de su alma.

Aquella doble maternidad fué la recompensa de su vida.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

## ¡INDEPENDENCIA!

### SONETO

Del bosque umbrío en el agreste seno;  
 De la montaña en la sublime alteza,  
 Admiro absorto la eternal grandeza,  
 É impulso siento de arrogancia lleno.

Tascar no quiere del favor el freno,  
 Rebelde á la lisonja, mi entereza;  
 Ni busco del avaro la riqueza,  
 Por propio mal y en beneficio ajeno.

Desprecio á la fortuna cortesana,  
 Que en el extraño bien me brinda el mío,  
 Ó del poder la pompa leve y vana:

¡Dentro de mí, vivir tan sólo ansío,  
 Gozando independencia soberana,  
 Sin siervo ni señor, en mi albedrío!

NILO MARÍA FABRA.





## Calendario perpetuo

Yo siempre te encuentro el mismo,  
 Almanaque Americano:  
 Una fecha, un mes, un día,  
 Una efeméride, un santo;  
 Los días que transcurrieron  
 Y los que faltan del año;  
 Salida y puesta del sol;  
 La luna llena, ó en cuartos;  
 Y á espaldas de cada hoja  
 El *acertijo* embrollado,  
 La *charada*, puesta en verso,  
 Ó el *saltillo de caballo*,  
 Ejercicios de paciencia  
 Para los aficionados.

Desde Enero hasta Diciembre,  
 Hoja tras hoja arrancando  
 Con la esperanza de hallar  
 Algo nuevo..... ¡Empeño vano!  
 Los minutos hacen horas  
 Por cada sesenta espacios;  
 Las horas, que forman días  
 En grupos de á veinticuatro;  
 Treinta días, que componen  
 El mes comercial exacto;  
 El año de doce meses,  
 Y el siglo, con sus cien años;  
 Que es un fortunón de tiempo  
 Que pocos logran contarlo.

Si miro dentro del alma  
 El almanaque ignorado,  
 Encuentro lo mismo: El número  
 Que á la muerte va marchando;  
 Una esperanza perdida;  
 Un rayo de sol lejano;  
*Cuartos menguantes* de amor;  
*Cuartos crecientes* de engaño;  
 Santos del día: *Fastidio*,  
*Amargura*, *Pena* y *Llanto*,  
 Mártires y compañeros  
 Patronos del ser humano;  
 Y detrás de cada hoja  
 Del oculto calendario,  
 Ya el *epigrama* sangriento  
 Ó ya el *logogrifo* extraño;  
 La *fuga* de las pasiones,  
 Ó de la moral el *salto*;  
*Acertijos* del deber  
 Que no averigua el más sabio,  
 Y *charadas* del honor,  
 Solubles de cuando en cuando.  
 ¡Siempre lo mismo, almanaque  
 Del corazón desdichado!

—  
 Cada año, cuatro estaciones,  
 Las de la vida indicando.  
 La florida Primavera,  
 Con su cielo despejado,  
 Con sus brisas regaladas,  
 Con sus mañanas de Mayo,

Como la infancia dichosa,  
 Llena de luz y de encantos,  
 De armonías y perfumes  
 Y de caricias y halagos.

El Estío, con su fuego  
 Y sus frutos sazonados;  
 La vid, jugosos racimos;  
 Rubias espigas el campo....  
 ¡La edad del amor dichosa,  
 Vida y calor respirando!

El Otoño: Ya las nubes  
 Ocultan el azul claro,  
 Y ya las hojas marchitas  
 Se despiden suspirando  
 Como tristes ilusiones  
 Que del pecho enamorado  
 Arrancó la realidad  
 Al soplo del desengaño.

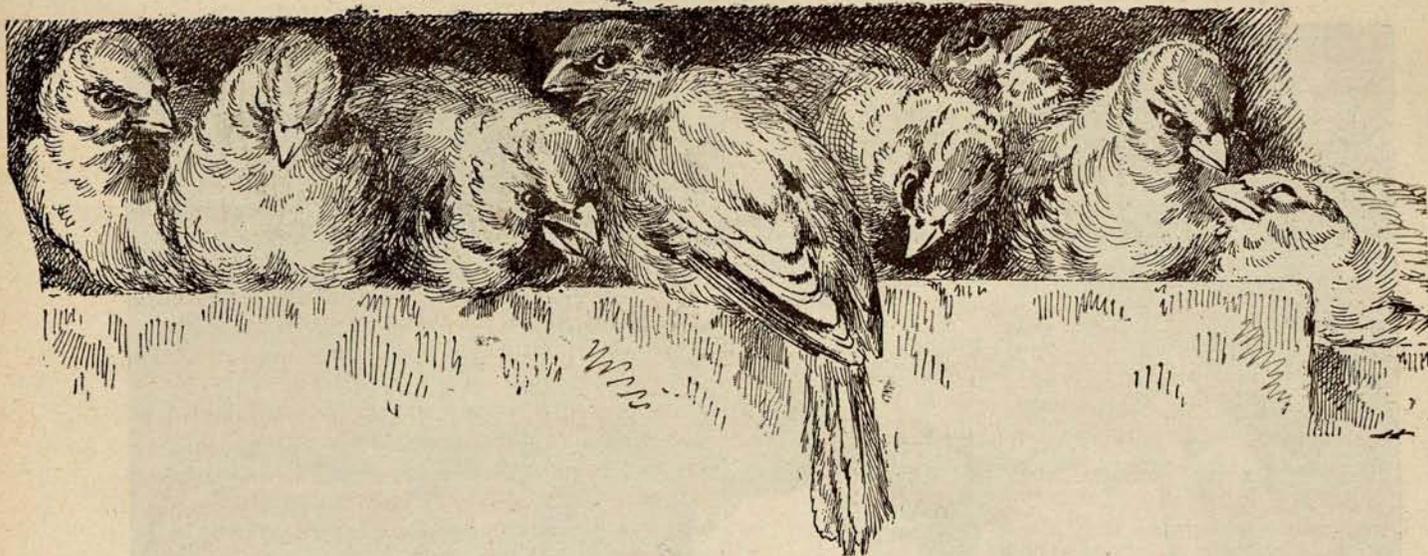
El Invierno con sus nieves  
 Los montes va coronando;  
 Tiembla la llama en la hoguera;  
 Tiembla la rama en el árbol;  
 ¡También de nieve se cubre  
 La cabeza del anciano,  
 Y la llama de la vida  
 Tiembla con fulgor escaso,  
 Y acercándose á la tierra  
 El cuerpo se va encorvando  
 Como si escogiera lecho  
 Para el eterno descanso!

JOSÉ JACKSON VEYAN.





EN EL TALLER. — Por Alfred Stevens.



## A PAN Y AGUA



A no existe en Madrid el monasterio de bernardos; en su solar se han edificado casas en la manzana comprendida entre las calles *Ancha de San Bernardo* y de la *Garduña*, y calle y travesía de la *Parada*, esta última llamada en otro tiempo calle de *Enhoramala vayas*; han desaparecido también el vecino callejón de *Sal si puedes* y el convento inmediato, convertidos en plaza de los *Mostenses*; la travesía de las *Beatas* perdió su antiguo título de calle de *Aunque os pese*, y sólo quedan como recuerdo del pasado, asomando sus copas por la tapia posterior de la manzana del convento, algunos árboles plantados por los frailes; y acaso entre los cimientos de la iglesia, las cenizas de los religiosos que presenciaron á mitad del siglo XVIII los sucesos que voy á referir.

### I.

El Abad, el Prior y Soprior ocupaban la mesa del testero, y la comunidad, por orden riguroso de categorías, las mesas colocadas á lo largo del refectorio; delante de cada religioso había un pan, un cubierto, vaso, plato, servilleta, almofia y una jarra con agua; los monjes, sin cogullas y las capillas puestas, estaban recostados en el respaldo de su asiento, con las manos recogidas bajo el escapulario; y el lector, desde la tribuna, había empezado á leer en latín un sermón de San Bernardo.

El Abad dió un golpe sobre la mesa, y todos los religiosos desdoblaron á la vez sus servilletas, con una simetría de movimientos correspondiente á la uniformidad de sus capillas y sayales; la comida empezó á distribuirse con tan escaso ruido, que parecía un banquete de fantasmas; los signos sustituían á la voz para no turbar el silencio; el que necesitaba pedir vino colocaba sobre la boca, y tocando á la nariz, el dedo segundo de la mano derecha; los huevos se pedían haciendo señal de batir con una mano sobre la palma de la otra, y el pescado, extendiendo una mano y moviéndola de derecha á izquierda para imitar el coleteo de los peces.

Aquel día se notaba que monjes y novicios, zurdos y legos, no atendían á la lectura edificante ni al gusto de la pitanza y la menestra, sino que miraban fijamente á un lego sentado en el suelo, á corta distancia de la mesa, con la servilleta encima de la falda, como castigado á pan y agua; y no le miraban con lástima, sino con irritación, porque en vez de tener el aire humilde de un penitenciado y limitarse á tragar de vez en cuando un bocado de pan y un sorbo de agua, introducía la cuchara en el plato vacío, llevándosela á la boca, como si saborease manjares exquisitos; era indudable que se burlaba del castigo ó creía asistir á un banquete imaginario. Un murmullo creciente y amenazador corrió de mesa en mesa, y el Abad, después de imponer silencio dando un golpe con la mano, dijo al lego castigado:

—¡Hermano Roque!

El lego descubrió su cabeza pelona y sin cerquillo, poniéndose de pie; y añadió el Abad con su acento más suave:

—Mientras la comunidad toma sus postres, póstrase el hermano.

El lego Roque se inclinó hasta tocar con sus manos las fimbrias de su hábito, y cayó de rodillas; poco á poco sus

labios se movieron como si rezase; pero observándole fijamente, más bien parecía que mascaba.

La comida concluyó; los servidores recogieron de la mesa el pan sobrante; descubrieron los religiosos sus cabezas, y la comunidad, después de dar las gracias, marchó hacia el coro cantando un *Miserere*.

## II.

Tener venias llamaban los bernardos al acto de reunirse la comunidad en el capítulo, y después de una exhortación del prelado, al decir éste *hablemos de nuestra Orden*, irse acusando todos, de uno en uno, de las faltas contra sus instituciones y la regla del P. San Benito. Como en la comida del día anterior, la atención estaba fija en el lego Roque, así es que todos pasaban rápidamente por sus faltas; ó era el convento modelo de observancia, ó temían que se dilatase el castigo de un culpable; llegó por fin el turno al hermano Roque, y el silencio que reinaba de ordinario se hizo aún más profundo.

El lego dejó su sitio, se arrodilló en medio de la sala, y dijo con modestia:

—Padre Abad: digo mi culpa del poco silencio que he guardado, del mal ejemplo que dí, y de todas mis faltas, y prometo la enmienda.

—Más tiene que enmendar el hermano—dijeron á un tiempo varios monjes.

—Hablen únicamente los dos religiosos más antiguos—respondió el Abad;—sólo dos pueden clamar contra el que dice su culpa. Padre Hilarión, ¿de qué acusa vuestra paternidad al hermano Roque?

—Le acuso de inobediente y escandaloso; de burlarse del castigo y hacer ademán de comer como todos en el refectorio, cuando está condenado á pan y agua.

—Discúlpese el hermano Roque—replicó el Abad.—¿Es verdad que ayer aparentó comer algo en su plato?

—Me acuso de haber comido realmente.

—¿Y de qué manera pudo ser eso estando el plato vacío?

—No lo estaba.

El Abad tuvo que imponer silencio varias veces á la indignada comunidad durante aquel breve diálogo; el lego prosiguió:

—Su paternidad no ignora que tengo un estómago exigente que no se sacia nunca; nací con hambre, me destetaron á los siete meses, jamás pude comer lo suficiente, y la ración conventual no me satisface. He rezado mucho y hecho penitencia pidiendo á Dios que me harte de una vez para que la necesidad no me conduzca al pecado de la gula, impidiendo que me salve. Como el castigo á pan y agua es pena de muerte para mí, sin duda el Señor, compadecido, se digna llenar mi plato cada vez que me castigan; una voz imperiosa me dice al oído: «Come y bebe»; y yo obedezco y tomo el alimento sobrenatural que se me sirve.

Los murmullos de la comunidad fueron tan recios, que costó algún trabajo al Abad el acallarlos.

—¿Luego el hermano afirma que se efectúa en él un milagro para excitarle á la desobediencia?

—Creo que sólo se producirá para socorrerme.

—¿Y tomáis con delectación esos manjares?

—¡Oh, P. Abad, los platos que me sirven todos saben á gloria!

—Padre Abad—dijo otro monje—el hermano Roque, al salir ayer del refectorio, apestaba á vino que era una vergüenza.

—Conteste á ese cargo el inculpado.

—No puedo negar que el agua de la jarra se convertía en vino al caer dentro de mi vaso.

Al oír esto, los murmullos se trocaron en clamoreo de voces que pedían un castigo.

—Hermano Roque—dijo el Abad—no habréis de convencernos á los que conocemos vuestra ruindad, de que sois un elegido. Seguiréis á pan y agua treinta días. Ahora, alzaos la capa sobre la cabeza, descubrid la espalda, y que el hermano Blas os administre una buena disciplina.

Un movimiento general de satisfacción dió á entender que la comunidad aprobaba la sentencia.

El hermano Blas aplicó la corrección en toda regla, mientras el lego Roque exclamaba humildemente á cada disciplinazo:

—Digo mi culpa, que yo me enmendaré.

## III.

Como el escándalo se repitió en el refectorio, y la indignación de la comunidad iba en aumento, dispuso el Abad que el lego Roque cumpliera en el calabozo su penitencia; pero al segundo día, el carcelero dió aviso al prelado de que á la hora de la comida había oído en el encierro gran ruido de vajilla, y que abriendo la puerta con disimulo, sólo vió al hermano Roque comiendo el pan y bebiendo agua en un rincón.

—Suprimid el plato, el vaso y el cubierto, que son inútiles, y los ruidos de vajilla cesarán—dijo el Abad.

Sin embargo, durante quince días, en vez de cesar aumentaron los ruidos, y aseguraba el carcelero haber oído á través de las rendijas de la puerta vaho de comida.

—¿Ha enflaquecido el lego en este tiempo?—preguntó un día el P. Abad.

—Todo lo contrario—respondió el llavero;—y como la puerta es tan estrecha, temo que no pueda salir de gordo que se pone.

El mismo día del cumplimiento del castigo, no fué el carcelero, sino el médico, el que entró en la celda del prelado para hablar del lego Roque.

—¡Cómo!—dijo el Abad levantándose de su silla de vaqueta muy conmovido.—¿Ha muerto ese desdichado cuando iba á ponerle en libertad?

—Certifico la defunción.

—Tengo remordimientos: bien decía el pobre Roque: «El castigo á pan y agua es para mí pena capital.» Señor médico, ¿ha muerto de hambre?

—Vuestra paternidad puede estar tranquilo: el hermano Roque ha muerto de una indigestión.

## IV.

Cuando estuvo enterrado el lego Roque, las opiniones de la comunidad se dividieron: los unos le tachaban de embaucador; para los más era un hombre sospechoso de haber tenido un demonio familiar; el Soprior y muchos donados creían que era un santo.

—No me fio de los santos modernos—decía el Abad severamente.

Era, sin embargo, general la creencia de que todos los días, á las horas de comer, se oía estrépito de platos dentro de la bóveda donde estaba enterrado el lego Roque. Un día éste se apareció en la cocina, destapó las ollas y cazuelas, y probó todos los guisos, mientras el cocinero, paralizado por el miedo, sólo tuvo fuerzas para rezar un padre nuestro. Desde entonces, las apariciones nocturnas fueron muy frecuentes: una vez creyeron verle sorber el aceite de una lámpara, y otra noche llenar de higos en la huerta la falda del sayal.

El Abad callaba siempre que se le daba noticia de algún prodigio, y todas las noches hacía su ronda, sin encontrar jamás al fantasma. Un día en que le habían molestado con el tema de la santidad del lego, exclamó el prelado con enojo:

—Nuestra Orden tiene santos de sobra para necesitar del lego Roque: la santidad se demuestra con virtudes, y no con fantasmagorías y visiones; y pues el difunto convierte en comedor el suelo de la iglesia, salga del templo, y le enterraremos en el melonar. Dé tres golpes la campana grande, reúna la comunidad, abran la bóveda, y llevemos el cadáver á la huerta.

Todos los religiosos se agruparon á la entrada del subterráneo, que parecía hacerles el efecto de una caja de sorpresas; cuatro hermanos sacaron el ataúd, y al divisarle, monjes y legos cuchichearon entre sí con gran viveza:

—Ya veréis cómo es santo y está entero: la caja huele bien—decían los creyentes.

—Sí, pero no es olor á santidad: huele á menestra—exclamaban los incrédulos.

—Le han destapado ya; mirad, mirad: está como cuando le enterramos: ¿dudáis ahora? Vedle incorrupto y explicad ese misterio.

—Nada más fácil: como el hermano Roque era un glotón, en vez de comerse los gusanos al muerto, el muerto se ha comido los gusanos.

El cantor, sorprendido de la falta de ceremonias con que se efectuaba la traslación del cuerpo, dijo al prelado:

—¿Entono el responso?

—¿Creéis que se trata de un entierro? Todo lo contrario: es una resurrección.

Y mojado el hisopo hasta empaparle bien de agua bendita, echó una copiosa rociada sobre la cara del difunto: éste, al recibir aquella aspersion inesperada, se incorporó de repente en su ataúd.

—¡Milagro! ¡Milagro!—gritaron algunos religiosos, mientras que los más se dispersaban aterrados.

—Seguidme—dijo el Abad al difunto.

El cadáver obedeció sin replicar, y la comunidad se dividió en grupos distintos: los unos rezaban, dándose golpes de pecho al pie de los altares; los otros seguían de lejos al prelado y á su triste acompañante, y todos quedaron sorprendidos y aterrados al ver que el Abad se encerraba en su celda con el muerto.

## V.

A una señal del P. Abad, el difunto cerró la puerta; sentóse el prelado en su silla de cuero, y exclamó:

—Caiga el hermano de rodillas, y diga qué dan de comer en el Purgatorio.

—Padre Abad—respondió el lego—estoy tan turbado y aturrido, que acaso no pueda explicarlo.

—Yo se lo contaré en pocas palabras. Conozco á todos los que le ayudaron en su muerte figurada: los hermanos médico, clavero y los donados que cuidan de la bóveda y la huerta. Basta de mentiras. ¿Por qué habéis hecho burla de la muerte?

—Padre Abad, hablo en confesión: la lectura de vidas de santos me ha perdido.

—¿Habéis hallado la perdición en lo que para otro constituye la salud?

—Quise también ser santo.....

—¿Y cómo no imitasteis sus ayunos y mortificaciones?

—Lo he intentado; pero el ayuno es el estado más peligroso para mí; cuando tengo debilidad, el diablo hace de mí lo que quiere por un plato de lentejas. Padre, me he disciplinado fuerte, y cuando los disciplinazos me dolían, en vez de conformarme, juraba por lo bajo. He recurrido á la oración, y me he dormido de rodillas. Tengo vocación de santo, pero me falta la aptitud.

—¿Y pensabais ganar el cielo de ese modo?

—¡Oh! ¡No! Me contentaba con ser un santo de los que se quedan aquí abajo; sólo quería elevarme del suelo algunos pies y hacer los milagros más sencillos.

—Estáis vos y los que os ayudaron al engaño, expulsados de la Orden; y si queréis impedir que os denuncie al Santo Oficio, haced penitencia pública ante la comunidad y confesad vuestro delito.

—Padre Abad, ¡misericordia!

—Nunca.

—Es que me priváis de mis devotos.

—¿Acaso los tenéis?

—Tengo dos donados: el uno besó mi hábito cuando os seguía hacia la celda; el otro me arañó con las tijeras por cortar una tira de mi sayo. ¡Oh, Abad! No sabéis qué duro es hallarse en buena posición, y luego venir á menos.

## Epílogo.

Cinco años después de la expulsión de aquellos religiosos, dos monjes bernardos que viajaban por Andalucía entraron un día en la catedral de Córdoba para presenciar la reconciliación de algunos herejes, castigados á cárcel perpetua y

pan y agua. El gentío les impedía ver y oír ; así es que tardaron mucho en distinguir de lejos á los penitenciados. Cuando pudieron lograrlo, se miraron los monjes con sorpresa: habían reconocido en los herejes al lego Roque y compañeros expulsos.

—¿Sabéis por qué delito se les castiga?—preguntó uno de los monjes á una vieja.

—¿Cómo? ¿No habéis oído hablar del santo gordo? Es el del medio—dijo, señalando al antiguo lego Roque.

—Venimos de Madrid.

—¿Y por qué le llaman el santo gordo?—preguntó el otro monje.

Era un ermitaño de la sierra que, al decir de las gentes, se alimentaba con sólo una onza de pan y un vaso de agua, y cada vez engordaba más con ese régimen. Todos aseguraban que comía padrenuestros.

—¿Y los otros penitenciados?

—Á éstos se les encontró sentados á la mesa con el santo, cuando fueron á prenderle: los hallaron comiéndose un carnero entre los cuatro.

—¿Y de qué vivían?

—Habían puesto cerca de la ermita una tienda de disciplinas y cilicios é imágenes del santo.

Los monjes se despidieron de la vieja, diciéndose el uno al otro cuando estuvieron solos:

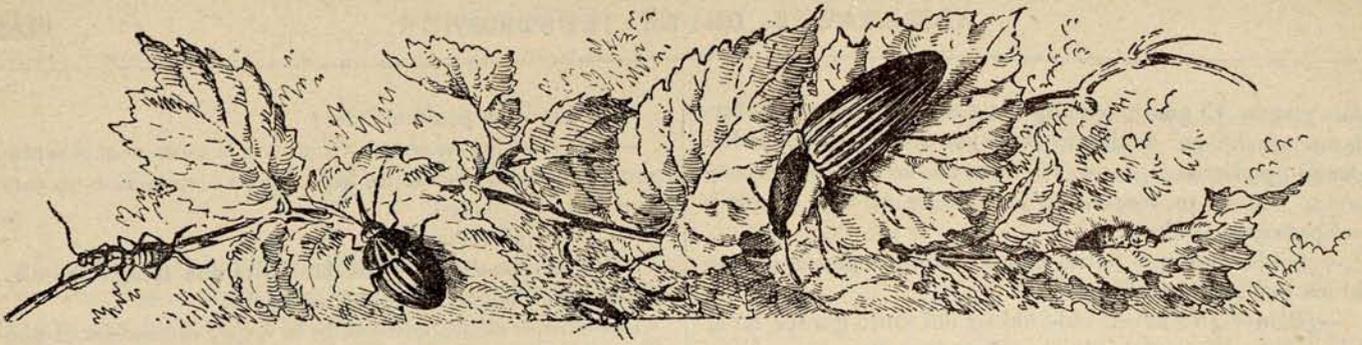
—Ese desdichado se empeñó en seguir la carrera de santo.

—Pero la Inquisición, esta vez, le ha cortado la carrera.

José FERNÁNDEZ BREMÓN.



DOS AMIGAS.—Cuadro de E. Montzaigle.



# MONTFAUCON

(DE VÍCTOR HUGO)

## I.

### Para los pájaros.

Á la hora en que á Occidente la luz del sol bajaba,  
Los dos á solas, cerca del bosque de Angely,  
Con sorda voz y austera solemnidad hablaba  
Bertrand el arzobispo al rey Felipe así:

—«Rey, el altar y el trono son un principio mismo;  
Á un tiempo, pues, y juntos, defiéndanse los dos.  
Á heréticas reformas abramos el abismo;  
Salvar ¡oh Rey! la Iglesia será salvaros vos.

»Sobre el terror que siembra ciméntase el Estado,  
Más fuerte cuanto el pueblo más tenga que temblar;  
La turba siempre al miedo sumisa se ha postrado.  
¿Derechos? Uno solo conozco: el de reinar.

»Para atajar un riesgo lo necesario es justo.  
Son poco ya en defensa de nuestra santa fe,  
Los códigos y jueces del gran Felipe Augusto;  
Precisa es la amenaza sobre la altura en pie.

»Amaga la herejía mi autoridad; la vuestra  
Minando va en silencio la sorda rebelión;  
De arrodillarse el pueblo cansado al fin se muestra,  
Y el templo extraños cismas asaltan en montón.

»¿De qué profundidades que siempre misteriosas,  
Vidente ni profeta ninguno sondeó,  
Esos enjambres vienen de ideas tumultuosas?  
¿Prodújolas la noche, ó el cielo las creó?

»Hablemos con sigilo, y oidme cual prudente:  
Nada hay más formidable—ni el rayo ni el alud—  
Que esos instintos nuevos que bajan de repente  
Sobre la estremecida y absorta multitud.

»De pronto, desde arriba cayendo esas quimeras,  
Pululan, van y vienen, se agitan por doquier,  
Cerrados ojos abren, sacuden almas fieras,  
Se mezclan al ambiente, dilatan su poder.

»Hiriendo en las tinieblas cuanto el mortal adora,  
Sobre el cerebro emprenden una tenaz labor;  
Algo de aquí se llevan, y traen... ¿qué? Se ignora:  
Ese es vuestro peligro, y ese es nuestro temor.

»¿Qué traen?—prosigue.—¡Nada! Tal vez un soplo, un

[viento,  
¡Quién sabe! Un ruido de alas que es brisa ó tempestad.  
Y añade—á sus palabras el Rey mudo y atento:—  
Señor, las novedades por siempre desterrad.»

En esto, pensativos llegaban á un sembrado  
Que extenso dilatábase delante de sus pies,  
Y donde con murmullo sonóro y prolongado  
Meciase en los surcos la ya madura mies.

Allí, sobre los trigos, al sol y al aire expuestos,  
Con traza repugnante y aterrador vaivén,  
En sogas y en horquillas medrosamente enhiestos,  
Horribles espantajos flotar al aire ven.

Las aves, los gorriones, que la dorada espiga  
Seduca con promesas de opíparo festín,  
La alondra, que á las otras con su chillido instiga,  
Gozosas acudiendo, dispútanse el botín;

Pero de pronto, el móvil ejército de trapo  
Las ráfagas del viento sacuden de aquí á allá;  
Una espantosa vida recobra cada harapo,  
Y el bando, temeroso, dispérsase y se va,

—«¿Cuál es—el Rey entonces pregunta—la manera  
De gobernar los pueblos? Sabio Arzobispo, di.»  
Y el campo así guardado, como delante viera,  
Mostrándolo á Felipe, Bertrand dijo:—«Hela ahí.»

## II.

## Para las ideas.

Por eso, dominando la altura y la distancia,  
Desde el ignominioso y obscuro tiempo aquel,  
Se eleva un edificio por cima de la Francia,  
Cual sobre Babilonia distínguese á Babel.

Terrible, hosco y disforme, domina los lugares,  
Montón de arena y barro, del cual huye la luz,  
Monstruoso laberinto de garfios y pilares,  
De toscos botareles y mástiles en cruz.

Los otros monumentos, de la ciudad señores,  
Palacios, torres, templos, que en alto percibís,  
Los dioses son, los héroes, los santos y doctores;  
Él es el monstruo, escándalo y oprobio de París.

Dijérase que arrastra su fúnebre escalera  
Por su pendiente oscura que va en la muerte á dar.  
Todo lo que el granito y el hierro, de la fiera  
Pueden tener, lo tiene su mole singular.

Cada uno de sus bloques, en la penumbra oculto,  
Un vil Molók dibuja del cielo en el azul;  
Cada columna tosca, de algún salvaje culto  
Semeja resto ó sombra de un lívido Irmensul.

Si en sus sillares rudos alguna zarza crece,  
Ó tiende alguna hiedra su inextricable red,  
La sombra de sus hojas dilátase, y parece  
La mano del verdugo, trazada en la pared.

Del Louvre ese cadalso remate y complemento,  
Portada del suplicio, confirmación del mal,  
Caricia hecha á la tumba, sarcasmo al firmamento,  
De los fatales tiempos es cómplice fatal.

Ante el sagrado cielo, de la justicia toma  
El usurpado nombre, que no acertó á ganar;  
Aun más que con Lutecia, confina con Sodoma,  
Y siendo el pudridero se erige en el altar.

Espectro de granito que encierra espectros de hombres,  
Sin advertir si el mundo perece ó sufre al pie,  
Llevando con orgullo sus execrables nombres,  
Se eriza en las tinieblas enfrente á no sé qué.

Á veces, ese osario sombrío y taciturno,  
Como al impulso tiembla de doloroso afán,  
Y mezcla su gemido con el rumor nocturno,  
Los silbos prolongando del lúgubre huracán.

Allí rechina el eje del torniquete horrendo,  
Y estudiarse el progreso, patente en cambios mil,  
Que va desde el cadáver al esqueleto haciendo

Sobre el despojo humano la podredumbre vil.

Cada insepulto cuerpo sobre una fecha gira,  
De un negro calendaric signo es cada pilar.  
De noche el monstruo crece; cuando la tarde expira,  
Sobre París dijérase que se le ve avanzar.

¡Visión medrosa! Encima de un muro ceniciento  
Levántase algo informe, con desigual temblor,  
Vertiginoso caos, confuso hacinamiento  
De sombra, de silencio, de cólera y de horror.

Pirámide amasada con odio y desvarío,  
Por la armazón de aquella fantástica Babel,  
El tramo da en la escala, la escala en el vacío,  
Y aun el vacío tiene la noche detrás de él.

Si el hombre mereciera respetos á la tumba,  
Si en su montón la muerte pudiera distinguir,  
Las larvas confundidas en trágica balumba  
Nombráranse, legando su historia al porvenir.

Diríase: éste que hubo de quebrantar el rito  
De Pascua, que Ireneo dictara, fué Trifón;  
Este otro es Glánus, reo del infernal delito  
De haber interpretado las obras de Platón.

Aquél, diestro en el arte del brujo de Maguncia,  
Lanzó un Virgilio impreso ¡oh audacia sin igual!  
De aquéllos, cuyos nombres la fama no pronuncia,  
El uno es un poeta y el otro un criminal.

Todo eso, hacia la Roma mirando de otros días,  
Ó anticipando el curso del tiempo destructor,  
Recuerda á sus hermanas las tristes Gemonias,  
Ó á Josafat presente, ganándole en horror.

Ayer y hoy, día y noche, verano como invierno,  
Allí están los siniestros fantasmas, allí están,  
Por cima de las torres y cúpulas, eterno  
Juguete de agua y nieve, granizo y huracán.

Aquellos esqueletos proscriptos de sus fosas,  
Aquel crujir de hierros que púdnense también,  
Aquel danzar macabro de sombras misteriosas  
Moviéndose en continuo descomunal vaivén,

Ahuyentan á los almos espíritus del cielo,  
Venidos á la tierra del idéal en pos,  
Para traer al hombre la frase de consuelo,  
Vivificar sus obras ó revelarle á Dios;

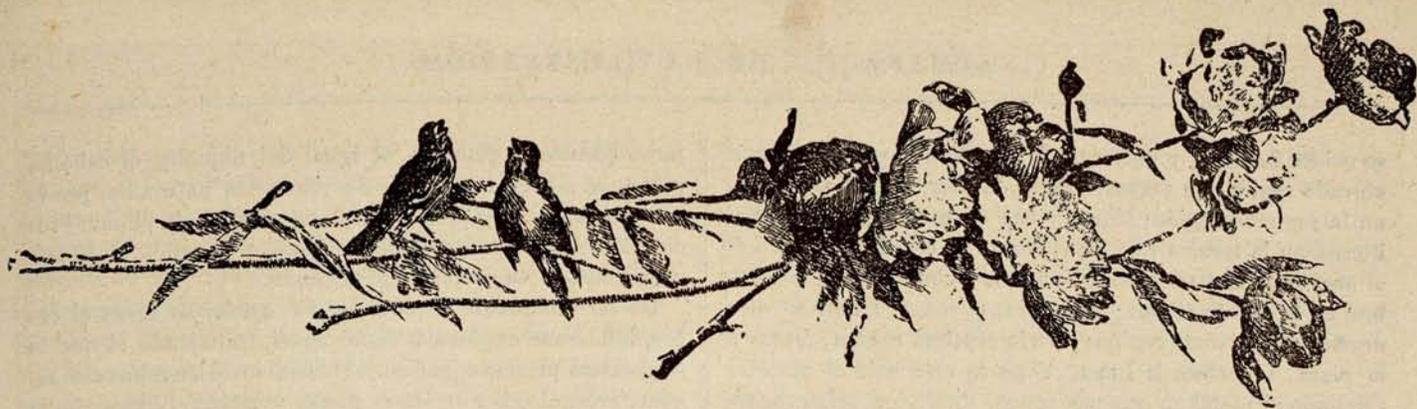
Y vese á las ideas más santas y más puras:  
Progreso, bien, justicia, derecho, amor, verdad,  
Como asustadas aves, tornando á las alturas,  
Huir del *espantajo* que alzó la iniquidad.

EMILIO FERRARI.



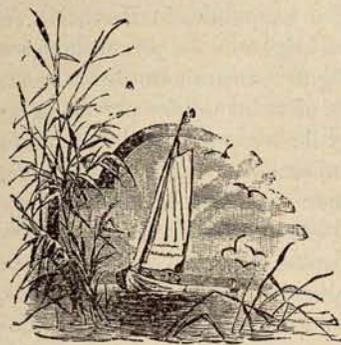


AL BAILE.—Por L. Zic Rendraht.



## UNA PÁGINA DE LA HISTORIA DE LA PLATA

---



á prueba el alto ingenio de los españoles. Los minerales, las plantas y los raros animales llamaron tanto la atención de los exploradores, como los mismos indios, su gobierno y sus costumbres; así importa mucho seguir paso á paso su labor científica, que va señalando las diversas etapas recorridas en la civilización de aquellos pueblos.

Y aun tal estudio podía llevarnos muy lejos examinando, por ejemplo, las relaciones que existen entre los métodos más antiguos del beneficio de varios metales, usados por los indios americanos antes de la Conquista, y los empleados por los más viejos alquimistas de que se tiene noticia, ó la manera de considerar las virtudes medicinales de ciertas plantas, y el modo de emplearlas. De esta suerte acaso se establecieran lazos de parentesco entre civilizaciones, al parecer desligadas, y podría mostrarse el origen de aquellos fuegos que en gran número iluminaban las cimas de las montañas del Potosí, admirando al viajero que los contemplaba por vez primera, bien ajeno de que procedían de los primitivos hornos en que el indio beneficiaba los minerales de plata.

En la historia de este metal, que es de los que la tienen más completa, han escrito gloriosas páginas los explotadores de minerales argentíferos en América, acaso las de mayor brillo que en la historia científica de España se cuentan, y eso que de antiguo nos viene el perfecto conocimiento de muchos metales y su ordenada explotación, ya próspera

y adelantada en los tiempos de la dominación romana, juzgando en vista de las obras y restos de obras de aquella época, halladas en varias localidades de la Península. Mucho tiempo se ha tardado en hacer justicia á la labor científica de los españoles, en esto respecto del beneficio de los minerales, y aun la teoría de los procedimientos se la atribuyen gentes extrañas, cuando es gloria del famoso ingeniero de Minas D. Fausto Elhuyar; por eso no huelga tratar asunto tan interesante, reivindicando para la ciencia española los descubrimientos que le pertenecen.

Es la plata uno de aquellos siete metales primitivos que en los raros y antiguos escritos de Alquimia encontramos bien descritos, cada uno consagrado al planeta que en su formación en los senos de la tierra ha intervenido con su influencia especial, y como el oro fué el metal del Sol, se consagró la blanca plata á la Luna. Refiérese en los más antiguos escritos de los alquimistas, que Caldeos y Sabeos adoraban á los siete planetas como siete divinidades, «cada uno, dicen, tenía su templo, y en el templo su estatua, hecha del metal que le estaba dedicado: la del Sol era de oro; de plata la de la Luna; Marte la tenía de hierro, Venus de cobre, Júpiter de estaño, Saturno de plomo, y era la de Mercurio, formada de todos los metales, hueca, y llena de azogue.» Otras veces, explicando, cómo hace Celso, los mitos persas, que enlazaban los planetas y los metales, describían una maravillosa escalera, que han de recorrer las almas á través de los astros, escalera que da acceso á siete puertas, cada vez más elevadas: la primera, de plomo, representa á Saturno; la segunda de estaño á Venus; la tercera, de bronce, pertenece á Júpiter; la cuarta, de hierro, es de Hermes; la quinta, de una aleación parecida á la moneda, es de Marte; la sexta, de plata, se consagra á la Luna, y la séptima, de oro, conduce al Sol. Es frecuente hallar otros simbolismos notables, como el que indica Stefano, á cuyo autor es menester considerar como verdadero químico; primero, dice,

se coloca Saturno, y enfrente el plomo en la primera y más elevada región; en segundo lugar Júpiter, frente al estaño, en la segunda región; Marte viene el tercero y enfrente el hierro, en la tercera región; el cuarto es el Sol, y frente á él el oro, en la cuarta región; Venus la quinta, frente del cobre, en la quinta región; Mercurio, el sexto, frente al *vivo argento*, en la sexta región; y en la séptima región, frente á la plata, se coloca la Luna. Y no es este solo el carácter asignado al metal en que me ocupo, desde los primeros albores de la ciencia, sino que también le fué reconocido su carácter intermedio, conforme lo demuestra el haberla creído tránsito necesario é indispensable en las sublimes operaciones del arte de la transmutación de los metales.

La facilidad con que la plata se liga al oro, permitiendo obtener un metal de baja ley, especie de falsificación, en la cual los alquimistas de buena fe creían haber realizado *la duplicación del rey de los metales*; el alearse bien al cobre, que la endurece y da mejores condiciones para el trabajo, y la necesidad de añadir plata á ciertas complicadas mezclas que ora servían para imitar substancias más caras y preciadadas, ora parecían consentir ciertas modificaciones de la materia, que debieran llevar, como de la mano, á la codiciada y nunca alcanzada transmutación, fueron parte á que el metal se estudiase con atención y cuidado, y más aún cuando entró en uso para la moneda, la vajilla y determinadas alhajas y adornos. Contribuyó no poco también al estudio de la plata, el hallarse nativa, aunque no en grandes proporciones, y que sus minerales se reducen bien, gracias á la facilidad con que se oxidan los metales que suelen acompañarla, sin que ella experimente modificaciones de ningún género. Su inalterabilidad al aire, ser dúctil, maleable, blanda, capaz de unirse á otros cuerpos, ya sin cambiar su hermoso color blanco y brillante, ya sin alterar de modo sensible el de los demás, hicieron mucho en los trabajos realizados para su mejor beneficio y para darle el carácter de metal precioso, considerándola, si así vale decir, uno de los primordiales cuerpos, muy cercana del oro, aunque ni tan fija, ni tan hermosa como aquel codiciado cuerpo, emblema de lo permanente é inalterable, símbolo de la materia primera de que todas las más fueron formadas, y á la cual debían volver, cuando se lograra sustraerlas de sus propiedades características y de aquellas cualidades que mejor las determinan y por las cuales las definimos y nos son conocidas.

Si la plata, atendiendo á su valor, representa hoy algo precioso y muy estimable, su función, en cuanto cuerpo simple de la Química, la aparta no poco del oro y del platino, á cuyos metales la aproximan su maleabilidad y ductilidad. Semejante al plomo, á quien la unen lazos de verdadera fraternidad y acaso comunidad de origen, en formar sales halogénicas insolubles y descomponer el ácido nítrico, le aparta de él, aproximándola al oro y al platino, la inalterabilidad de su óxido y la resistencia á oxidarse á la elevada temperatura de los hornos de copela, en cuyo caso se limita á absorber el oxígeno, como la esponja de platino absorbe el hidrógeno. Esto, no obstante, la Naturaleza contadas veces presenta la plata separada del plomo, porque hasta la nativa yace siempre cerca de la galena: á los sulfuros y sulfoarseniosos de plata, á la plata córnea, á la ágria, acompaña siempre el plomo sulfurado, sulfoarseniado, cromado, clorurado ó vanadatado, y así, ambos metales pueden conside-

rarse hermanos gemelos, al igual del níquel y el cobalto, porque al menos, tratándose de productos naturales, puede decirse que no hay plomo sin plata, ni plata sin plomo. Precisamente, en la mayoría de los casos, el beneficio de la primera consiste en desplatar el segundo.

De ser abundante la plata nativa, conforme lo es el cobre, hubiérase explotado como aquél, trabajando el que la Naturaleza presenta; por eso, el beneficio de los minerales argentíferos, al igual de los de hierro y estaño, representa ya un grado superior de civilización, cierto estado de adelanto, y necesidad de emplear, en diferentes usos de la vida, cuerpos distintos de aquellos que en la tierra se encuentran del todo formados, y en lo que pudiera llamarse límite superior de su desarrollo. El empleo del fuego aplicado á los minerales, que reveló el primitivo medio de beneficiar los de estaño y algunos de cobre, fué sin duda el que reveló asimismo el método de obtener la plata, sólo que aquí la operación era más sencilla: bastaba calentar fuertemente el mineral para despojarlo del arsénico y del plomo, obteniendo el metal blanco y brillante, inalterable al aire, aunque necesitado de purificarse y refinarse en ulteriores operaciones, si había de servir en sus mejores condiciones.

En las magníficas notas que ha publicado Berthelot en sus investigaciones acerca del origen de los procedimientos de la Alquimia y del más antiguo conocimiento de los metales, refiere, ocupándose en los métodos usados por los egipcios para el beneficio del oro y de la plata, que obtenían ésta calentando simplemente sus minerales, durante largo tiempo, en contacto del aire, resultando un producto sin ley, muy impuro, llamado *asemon*, en el que había oro y otros metales, que si eran oxidables, separábanse en virtud de una especie de refino, consistente en fundirla de nuevo repetidas veces, hasta lograr el metal puro y en condiciones de ser trabajado. El método era ya clásico mucho antes del descubrimiento de América: con buena parte de la cultura egipcia fué llevado á Grecia, y heredado por Roma, practicóse en las minas de España; por Oriente, conservado de los caldeos, gentes muy aptas en todo cuanto á extracción, beneficio y uso de metales se refiere, llegó á los árabes, que lo practicaron y perfeccionaron grandemente, y, cosa extraña, este mismo procedimiento lo encontraron los españoles puesto en práctica por los indios americanos. Cuando los primeros conquistadores llegaron al Potosí, causóles maravilla aquel magnífico incendio que coronaba todas las alturas; soberbio era el espectáculo, y no podían ni siquiera sospechar que de aquellas intensas llamas salía la más grande riqueza del Nuevo Mundo; así es que muy luego que vieron la plata y el medio de obtenerla empleado por los indígenas, diéronse á perfeccionarlo, inventando mejores hornos en los que aprovechaban mas los minerales, usándolos por lo menos desde 1545 hasta 1571; que no eran sólo peritos en el arte de la guerra y en achaques de conquististas, sino gentes cultas, bastantes versadas en la ciencia del tiempo y muy dadas á invenciones, sobre todo si habían de producir abundante y buena plata. Desde aquella data, y de las primeras observaciones de los procedimientos indígenas, comienza esta gran labor, en la que se registran el descubrimiento de la amalgamación de Hernando de Velasco, el empleo del hierro en el mismo procedimiento, muy anterior al de Freiberg, del cual hablan, como cosa suya, en la

información que lleva fecha de 19 de Octubre de 1587, los hermanos Juan Andrea y Carlos Corzo Lleca y su compañero Francisco Ansalelo Sandi, y el gran método del verdadero fundador de la Metalurgia científica, el egregio párroco de San Bernardo, Álvaro Alfonso Barba, y sigue su no interrumpida serie hasta este mismo siglo, en que cierran tan largo trabajo los estudios meritísimos de D. Andrés del Río y la teoría del procedimiento de amalgamación que, mucho antes que Boussingault, expuso D. Fausto Elhuyar.

Por las relaciones hasta nosotros llegadas, que ni fueron parcos ni perezosos los españoles de los siglos XVI XVII en exponer, con muchos pormenores, sus ideas científicas y sus descubrimientos, sabemos que los indígenas del Perú enseñaron las primeras maneras de explotar la plata, conforme al método que ellos tradicionalmente usaban, ó sea por fundición en *quajiras*, que así llamaban á unos hornos, bien cilíndricos, bien como braseros, siempre de arcilla, en cuyos hornos colocaban el mineral, todo lo posible privado de ganga, mezclado con galena y carbón, en capas alternadas. Llevaban los hornos portátiles á lo alto de las montañas, donde el viento soplabá con fuerza, y allí los encendían; el plomo se oxidaba y el óxido se volatilizaba, pues al decir de una relación, el metal se va derritiendo, consume el fuego la escoria y purifica la plata. Pronto se echa de ver que sólo á minerales ricos y con muy escasa ganga, y esa de metales oxidables fácilmente, aprovechaba este beneficio, y por eso los españoles lo modificaron muy pronto construyendo hornos fijos de reverbero, muy semejantes á los de cocer pan: así aprovechaban mejor el calor y podían fundir minerales menos ricos. Fundido el mineral, hasta tanto que movido con una barra de hierro no se tropezaba con piedra alguna en el fondo del horno, separaban la escoria de la superficie, y luego, valiéndose de una sangría, la plata, que no es de ley y está mezclada con plomo y otras materias; á este primer producto llamaban *crudío* y *endulzar el metal crudío*, objeto de operaciones posteriores, valía tanto como afinar la plata y purificarla, primero fundiendo y luego volviendo á fundir, separando cada vez nueva escoria, repitiendo la operación cuantas veces fuese necesaria.

Si el método permitía beneficiar hasta minerales tan pobres como el *zoroché*, tenía el inconveniente de necesitar mucho combustible, poco abundante y de difícil transporte á los yacimientos de minerales de plata, situados casi siempre en alturas, cuya subida no era gran cosa practicable. De la necesidad en que se encontraban los exploradores, ávidos de riquezas y de explotar cuanto en el suelo americano pudiese darlas, nació aquella serie de magníficos estudios y trabajos que constituyen los procedimientos españoles de amalgamación usados en América. Podemos juzgar de su mérito y bondad por el largo tiempo que llevan aplicándose, por la dificultad de la interpretación de los complicados fenómenos químicos que en ellos se efectúan y también por la economía positiva con ellos conseguida y la facilidad de obtener la plata en lugares á donde pueda subir un mulo cargado de mercurio. A pesar de las múltiples reacciones químicas, cuyo mecanismo es difícil concebir y explicar, el problema de la amalgamación no se ha resuelto de modo caprichoso y merced á casualidades y tanteos sin método; por el contrario, es producto de la constancia y de la experiencia de los mineros españoles que en América ejercían

su arte, tanto, que el gran químico francés Dumas, tratando del asunto, se expresa en estos términos: «no es un método *à priori* el que han imaginado, sino un método empírico, cuya teoría no se ha podido desentrañar hasta estos últimos tiempos con los recursos de la Química más delicada. Pero este método es suficiente en la mayor parte de los casos para una explotación casi irreprochable de los minerales, y si algunas veces parece defectuoso es necesario culpar, más bien á la poca sagacidad de los que lo practican, que al método mismo», palabras que demuestran la bondad de aquel magnífico trabajo proseguido sin descanso durante cincuenta años, labor colectiva en la que se registran notables descubrimientos que dieron lugar al método de beneficio en patios, al empleo del hierro y al tratamiento en caliente, que en feliz hora inventó Álvaro Alfonso Barba.

Á Hernando de Velasco, que en 1561 introdujo la amalgamación en el Perú, ó á Medina, se atribuye de ordinario tan excelente método de beneficio de la plata que describe, con su acostumbrada concisión y galanura, el conspicuo historiador del Nuevo Mundo, P. Bernabé Cobo, quien vió practicar en *Oruro* en 1618, cuando la explotación se hallaba ya en su período álgido.

Antes de indicar los fundamentos del método de amalgamación conviene advertir cómo buena parte de los autores extranjeros que tratan de la materia, omiten los trabajos de los españoles, llegando á llamar al procedimiento sólo americano y como por incidencia recuerdan los nombres gloriosos de Velasco, Medina y Barba. Tan notoria injusticia ha llegado en nuestros tiempos hasta pretender reemplazar aquel procedimiento por los de Freiberg, sin duda excelentes, pero no mejores que los inventados por los españoles; y autor hay como Boussingault que en su teoría de la amalgamación, prescinde en absoluto de los meritísimos estudios de Elhuyar, á los cuales no aventajan de seguro los suyos, con ser notables. Pudiera esto pasar si no hubiese buenas tradiciones científicas formadas y si no se hubiesen escrito y traducido á diversas lenguas obras de raro mérito, consagradas al beneficio de los minerales de América, y no se publicaran minuciosas relaciones é informes de las visitas que periódicamente y de orden del Rey se hacían á todos aquellos lugares del Nuevo Mundo donde se explotaban minerales de oro, plata, cobre, plomo y mercurio. De otra parte, las expediciones numerosas que hasta el presente siglo se enviaron, con el solo objeto de explotar y reconocer las riquezas naturales del suelo americano, dieron á conocer, sino todos, buena parte de sus trabajos y descubrimientos, desde la flora de Hernández hasta las de Chile, el Perú y Méjico. Además, el beneficio de los minerales americanos, especialmente los de plata, produjo uno de los más famosos libros de Metalurgia, que á la originalidad, reúne gran caudal de observaciones y numerosos experimentos, libro que ha creado, ó por lo menos ha formado, una ciencia, aprovechando las prácticas y usos de los buenos amalgamadores; me refiero á la obra de Álvaro Alfonso Barba, que lleva este título: «*Arte de los metales en que se enseña el verdadero beneficio de los de oro y plata por azogue. El modo de fundirlos todos y como se han de refinar y apartar unos de otros*», y fué impresa en 1600, habiéndose traducido al alemán y al inglés en el siglo XVII y dos veces al francés en el XVIII. También eran cosas tradicionales la habilidad y el buen

ingenio de los españoles para dar con los criaderos de plata y oro, y saberse aprovechar de ellos por medios muy suyos, todos sencillos y fundados en su larga experiencia y sagaces observaciones.

El beneficio por el azogue, como llamaron los españoles á la amalgamación, tenía por principal objeto aprovechar minerales pobres, todavía menos ricos que los empleados en

lanto cuya invención es española y debemos recabar para aquellos varones insignes, tan hábiles en el manejo de la espada cuanto entendidos en el arte del beneficio de los metales. Es de la mayor importancia la preparación mecánica de los minerales destinados á la amalgamación: no se tuestan, ni se humedecen, pasan secos por el bocarte, y luego en molinos adecuados á cuya máquina llamaban *arrastre*, se

muelen con agua hasta convertirlos en polvo tan fino, que los amalgamadores le nombraban *harina* del mineral, que así preparada pasaba al *patio*, espacio con pavimento de piedra algo inclinado, á fin de que escurran las aguas de lluvia. Ya la harina en el patio hecha tortas, está dispuesta para recibir *la sal marina*, *el magistral* y *el mercurio*, sucesivamente; las mezclas se hacen triturando con hombres ó con caballos, hasta que sean completas. Cuando el mineral y la sal forman un todo homogéneo, se abandonan durante muchos días, al cabo de los cuales se añaden el magistral y el mercurio, estribando el buen resultado en la elección del magistral, punto importantísimo, muy bien estudiado y relacionado con las condiciones del mineral beneficiado y con su riqueza en plata; la pirita de cobre, que es un sulfuro de este metal, pulverizada y tostada en un horno, ó la pirita de hierro, mezclada con cobre metálico ó alguno de sus minerales, y tratada de la propia suerte, constituye el magistral, cuerpo que contiene, á lo menos, una décima de sulfato de cobre por ciento. Añadiendo este producto á la mezcla íntima de mineral argentífero y sal marina, vuelven los caballos al patio y trituran de nuevo, y luego se incorpora el mercurio, en tres veces, trabajando la mezcla después de añadido cada vez, á fin de mezclarlo, formando una masa bien homogénea, que ha de ser de color gris, sin brillo, y el azo-

gue puede reunirse en un solo glóbulo, cosa que debe suceder antes de añadir la tercera porción de mercurio, que sirve para liquidar y reunir la amalgama. La obtenida al cabo de algunos días, después de haber añadido el primer tercio de azogue, es sólida, blanca, y como limaduras; las otras, son líquidas, y todas juntas, bien preparadas, se lavan en toneles provistos de molinetes interiores, que, gi-



EL VIOLINISTA.—Cuadro de Rafael.

Freiberg de Alemania, economizando combustible y haciendo la explotación á poco costo, resultando así aquellas fabulosas cantidades de plata que á la casa de contratación de Sevilla llegaban de los dominios del Perú y Nueva España. El descubrimiento de las minas de azogue y la relativa facilidad del transporte de este metal, consintió realizar el adelanto más importante en la industria de la plata, ade-